

bíblico, de materias y de nombres (Padres, Concilios, Papas, Autores, etc.) cierran el libro.

Una obra de gran interés para todos aquellos estudiosos de la teología y, más en general, para los intelectuales católicos de España y América hispana, que busquen una más profunda comprensión del desarrollo de la eclesiología que se inspira en el Concilio Vaticano II.

F. Requena

Mario NALDINI (ed.), *La tradizione patristica. Alle fonti della cultura europea*, Nardini Editore («Lecture Patristiche», 2), Fiésole 1995, 128 pp.

Este volumen recoge varias conferencias de patrólogos italianos, pronunciadas con ocasión del décimo aniversario de la «Biblioteca Patristica», colección que dirigen Manlio Simonetti y Mario Naldini, bajo los auspicios de Nardini Editore.

En la primera de las conferencias, «Humanismo y Patrística», Cesari Vasoli, recuerda la contribución de los humanistas italianos de las primeras décadas del XV a la recuperación de tratados filosóficos, obras literarias y tratados de Padres de la Iglesia. En especial se refiere a Leonardo Bruni, volcado en la recuperación de obras de la Grecia clásica, y a Ambrosio Traversari, monje camaldulense que realizó una masiva adquisición de documentos de la cristiandad oriental y también de tratados de Arquímedes, Galeno, Aristóteles, Apollonio Rodio, etc.

La Grecia a la que miraba Traversari era la región cristiana de la que esperaba su vuelta a la unidad con Roma y, con ello, no sólo la salvación de los otomanos, sino también el fin de una edad oscura de la Iglesia occidental. El retorno a Atanasio, Basilio, Crisóstomo, Orígenes, Diógenes Laercio,

significaba la reconquista de un modo de entender y vivir el mensaje evangélico, que a la vez permitía interpretar serenamente el cristianismo oriental. Gracias a estos trabajos de Traversari, llegó a ser lugar común en la época la aceptación de la filosofía griega, y de sus doctrinas éticas valiosas en el orden natural, y que recibirían luego la luz y la purificación de la Palabra divina.

Luigi Pizzolato, en «Sentido y valor de la exégesis patrística», afirma que en los Padres la producción exegética ocupa un puesto importante, cuantitativamente hablando, aunque la mentalidad moderna no la valore en toda su amplitud. Los cristianos de los primeros siglos, afirma, se vieron obligados a hacerse exegetas en respuesta a quienes, como los gnósticos, rechazaban el Antiguo Testamento y partes del Nuevo. Se planteó el tema de la armonización de los dos testamentos, que dio lugar al argumento de la progresiva educación del hombre por Dios concebida genialmente por Ireneo, estableciendo una diferencia de profundización y no de ruptura, entre ambos testamentos. Esta doctrina de Ireneo encontrará más adelante aplicación en el primer tratadista exegético propiamente dicho, Hipólito. Pizzolato afirma que Orígenes es la cúspide de la postura del cristianismo antiguo frente al AT, ya que reúne en sí todos los avances anteriores; de él derivarán Ambrosio y Agustín. Este último con su doctrina exegética del *invenire* y del *proferre* hará un precioso regalo al Medioevo, el de la razón moviéndose en el ámbito de la fe.

Bruno Luiselli tiene un sugerente trabajo sobre «Lenguaje de la evangelización de los pobres en la Iglesia latina antigua». La «cultura de la evangelización de los pobres», según expresión de Luiselli, nace del destino del mensaje cristiano a las masas iletradas: «id a todas las gentes...». Los escritores cristianos, provistos de una buena —a veces ex-

celente— formación retórica, hablan o escriben al modo popular, sin miedo a críticas como la que testimonia Arnobio: «vuestras cosas han sido escritas por autores indoctos... y por tanto no deben ser creídas». Hilario de Poitiers o Ambrosio componen himnos usando formas populares (como la del septenario trocaico) aun pudiendo, por su formación, componer himnos literarios más cultos. El mismo comportamiento siguieron en la predicación otros autores, como Martín de Braga, en la Galicia del siglo VI, quien aun gozando de una sólida educación literaria, escribe y se expresa en un lenguaje que él mismo califica de «sermo rusticus». En África, en la Britania céltica, en la anglosajona, los pastores cristianos siguen idéntico comportamiento.

Manlio Simonetti y Gian María Vian presentan un documentado trabajo, «Una mirada sobre ciento treinta años de estudios patrísticos», síntesis notable de la actividad contemporánea de esta ciencia, a partir de la publicación del *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (CSEL) en la fecha emblemática de 1866; esta iniciativa se proponía sustituir a la *Patrologia Latina* (PL) y a la *Patrologia Graeca* (PG). Los criterios del CSEL vinieron dados por los avances de la filología clásica en los países de habla alemana. Su exigencia crítica es tal que rechaza la posibilidad de utilizar, aun debidamente revisadas, las obras de PL, fundándose en la necesaria utilización sistemática de los manuscritos más recientemente conocidos. Este objetivo no se consiguió, y todavía para muchas obras patrísticas dependemos de PL y PG; también, en parte, porque los criterios filológicos son cada día más exigentes, hasta el punto de que ciertas iniciativas pueden parecer imposibles de realizar; por poner un caso límite, se preguntan los autores, ¿quién puede hacer una edición crítica de *Las Confesiones* estudiando los más de cuatrocientos

manuscritos que se conocen hoy de esta obra del hiponense?

Otro hito fue la publicación en 1897 del *Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte* (GCS), con un programa más restrictivo (setenta volúmenes hasta ahora), pero con ediciones superiores a CSEL. Destacan Simonetti y Vian la supremacía alemana en el XIX y principios del XX, hegemonía que no oscurece el brillo propio de otros especialistas como Morin, Vaccari, los Bolandistas, entre los que destaca Delehaye, con su «Pasión de los mártires», texto básico para conocer la literatura martirial.

El período posterior a la segunda guerra mundial marcó la ampliación e internacionalización de los estudios patrísticos, con importantes aportaciones inglesas y francesas, y en menor medida, italianas y españolas; por otra parte, desapareció casi completamente la fractura entre estudiosos protestantes y católicos. Esta nueva etapa se distingue por la tendencia a la revisión sistemática de la investigación precedente y por el interés en filones hasta entonces poco frecuentados. Así se realizaron los estudios sobre el concilio de Calcedonia, de Grillmeier y Bacht, que han revisado globalmente y a alto nivel este concilio. Otros escritores, como Nestorio, Hipólito de Roma, etc. han sido objeto también de revisiones.

En la actualidad destacan dos grandes colecciones: *Corpus Christianorum* (cchr, 1954), a cargo de la abadía benedictina de Steenbrugge, y *Sources Chrétiennes* (schr, 1942) a cargo de los jesuitas de Lyon; ambas colecciones han compensado de hecho, con su sostenido ritmo de publicaciones, la lentitud con que se están publicando CSEL y GCS; estos últimos impedidos hasta hace pocos años por las dificultades económicas en la ex-Alemania Democrática.

Reseñas

No podía faltar, en todo este proceso, la obligada referencia a los progresos en la computerización que permitirá realizar trabajos hasta ahora considerados como inabordables.

Este volumen lleva el subtítulo de «Alle fonti della cultura europea». Sin dejar de ser una reflexión sobre uno de los muchos procesos de renovación intelectual puestos en marcha por los humanistas, también nos remite a la realidad de la presencia de los autores cristianos en los intereses humanísticos; son, además, estos Padres fuente que dio origen a una amplia corriente de la literatura y de la cultura europea. Basta pensar en el tema de la *dignitas humana*, motivo central del pensamiento humanístico, pero ya presente en la tradición patrística en los tratados de Basilio Magno, Gregorio Niseno, Lactancio, etc.

R. Arias Villalta

PACIEN DE BARCELONE, *Écrits*, Éditions du Cerf («Sources Chrésiennes», 410), introducción, texto crítico, comentario e índices de Carmelo Granado, Paris 1995, 392 pp.

La colección «Sources Chrésiennes» ha tenido la feliz iniciativa de ofrecernos un volumen dedicado a los escritos de San Paciano. Saludamos este evento con viva satisfacción, por tratarse de un autor que tiene para nosotros el doble atractivo de ser un Padre de la Iglesia y, a la vez, estar centrado este libro en la producción literaria de un escritor hispánico, que fuera Obispo de Barcelona.

En este trabajo, el P. Carmelo Granado ha realizado la edición crítica de casi todas las obras conocidas de Paciano: *Sermo de paenitentibus*, *De baptismo*, *Epistulae I et II* y el *Contra tractatus Nouatianorum*. Como es bien sabido el *Ceruulus*, mencionado por Jerónimo y el mismo Paciano, es una obra perdida.

La traducción francesa de los escritos de Paciano ha sido realizada conjuntamente por la Sra. Chantal Építalon y el Sr. Michel Lestienne, ingeniero de investigación del C.N.R.S. Hay que decir que esta versión al francés está muy cuidada y se ha llevado a cabo con gran competencia.

El Prof. Granado en una excelente introducción va dibujando los perfiles biográficos, que delinear la personalidad de Paciano y los contextos en los que se enmarcan sus escritos. Quedan bien resaltadas la esmerada formación clásica, que el santo obispo adquiriera en su infancia, y el rico acervo patrístico que le proporcionarían las lecturas de Tertuliano, Cipriano y Lactancio.

En dicha introducción destacaríamos sobre todo el análisis teológico que se hace de las obras de nuestro autor. El P. Granado construye su argumentación a partir del hecho existencial del pecado, tal y como lo entiende Paciano, aunque convenga matizar un tanto su concepción del pecado. Si bien es cierto que Paciano no emplea nunca la expresión «pecado original», sí nos encontramos en sus escritos con el sintagma *peccatum Adae* (*Bapt.*, V, 1) para designar el pecado que se ha transmitido a todo el género humano. Esta situación la describe Paciano recurriendo a los conceptos de pecado y muerte: Adán cometió un pecado de desobediencia a Dios y fue condenado a morir. El Prof. Granado se cuestiona el tema de si Paciano entiende esta muerte como una muerte biológica o como una muerte eterna. Según él, nuestro autor parece que la considera en este segundo sentido. Por otra parte, partiendo de la doble exégesis, que hace Paciano de Rom 5, 12, considera que la extensión a todos los hombres de la muerte eterna (*Bapt.*, 2, 1-2) hace pensar también en una previa extensión del pecado a los descendientes de Adán (*Bapt.*, 5, 1). Es decir, nos encontramos desde otra óptica con la misma